

NUESTRA AGONIA CIENTIFICA

Por el Dr. Juan Govea.

(Boletín del Col Médico de La Habana)
Enero 1946.

Nuestra producción científica muere, agoniza.
¿La causa? Es posible que sean varias las causas; pero sobre todas ellas predomina una, o mejor dicho, dos.

La alabanza hueca e insincera pero obligada cuando el firmante representa un «nombre». No importa cómo ha llegado a adquirirlo.

No importa que lo haya heredado o que los azares de la vida, —léase de la política—, lo hayan alzado de la noche a la mañana a una posición que no merece, que no se ha ganado por su trabajo y por su capacidad. En este caso, no importa cuál sea el valor de la producción científica, basta la firma, el nombre, en la mayoría de las ocasiones tan desprovisto de mérito, repetimos, como lo creado por él.

Entonces la producción científica es admirable, magnífica, joya resplandeciente que viene a honrar la literatura médica nacional.

Una vez oímos decir a un compañero, sin tartamudear y sin que se le paralizara la lengua: «No felicitamos al distinguido compañero X por su magistral y admirable trabajo, digno de ser leído ante la más selecta sociedad científica del mundo, nos felicitamos nosotros por haber tenido la dicha y el placer y el honor de haber podido oír su magnífica disertación, etc... etc.»

Y se trataba de la exposición sencilla y simple de un caso clínico banal, curado por un procedimiento terapéutico recomendado por un autor extranjero... Eso es tan perjudicial para el autor del trabajo científico, como para el que lo alaba sin medida, sin juicio, sin darse cuenta exacta de la desproporción entre el mérito de lo alabado y la alabanza; y eso es en definitiva y sobre todo perjudicial para la producción científica nacional.

Y si un entusiasta compañero se levanta y apunta con todo respeto y derecho, con mucha más sinceridad y por consiguiente, haciéndose mucho más merecedor del agradecimiento del disertante, si apunta decimos, que a su juicio no era necesario ese procedimiento terapéutico engorroso y complicado, pongamos por ejemplo, y que ha visto casos similares curar con otro más sencillo y al alcance de todos, ¡horror!

Ha cometido un sacrilegio. Las miradas airadas y extrañadas se posarán sobre él, como si se tratara de un hombre que acaba de cometer un horrendo crimen.

El crimen de criticar a un consagrado.

No importa cómo se llegó a la consagración.

Como subtítulo de este trabajo hemos puesto: la **alabanza** y la **crítica**.

Mejor hubiera sido escribir: la **alabanza** y la **indiferencia**.

Pues en realidad, entre nosotros no existe la crítica científica. No se comprende. Se considera una ofensa personal. Esta es otra de las razones de que nuestra producción científica agonice...

Recordamos una vez que un joven, inteligente y sincero compañero al quejarnos nosotros que no hubiera nombrado un trabajo nuestro que conocía y que estaba relacionado con el tema desarrollado, nos contestó sincero, aunque profundamente equivocado: «Sepa el compañero que el omitir su nombre y su trabajo, se debió a una prueba de simpatía personal, ya que si lo hubiéramos hecho, no nos hubiera quedado más remedio que criticar sus conceptos los que no concuerdan con los nuestros».

Y el compañero educado en una escuela absurda, creía que era preferible ignorar un trabajo a criticarlo.

Es pues en realidad, la **indiferencia** la otra causa responsable de que nuestra producción científica agonice.

Nunca olvidaremos la emoción y el dolor de un compañero, todo entusiasmo y actividad, cuando nos decía: «Pocas veces en mi vida he sufrido una decepción, una tristeza, un vacío más profundo que esta noche. Hace ocho días vió la luz un trabajo científico mío, en el que puse muchas noches de insomnio, muchos meses de trabajo, todo mi entusiasmo, todo mi afán, y ya ves, éramos más de cincuenta compañeros los reunidos aquí, ni uno sólo me habló de mi extraordinario esfuerzo».

El compañero que así hablaba, claro está, no era un consagrado; pero quería eso sí, llegar a serlo con su trabajo, con su esfuerzo, con su observación constante, con su entusiasmo sin límites; pero era pobre, pobre por los cuatro costados, nada había heredado, ni

tenía disposición para la política, no sabía adular, ni mentir, sabía ser un amigo sincero, pero decía la verdad, sabía darse cuando se le necesitaba, pero como no tenía ni posición, ni influencia, como sólo tenía un noble corazón resulta que nadie lo utilizaba, ¿para qué se quiere en estos tiempos un noble corazón?

Y nuestro amigo se quejaba amargamente de la indiferencia que en torno suyo encontraba. Y nos decía. Es curioso, cuando era estudiante, cuando me gradué, cuando no luchaba por abrirme camino y hacerme un nombre por mi propio esfuerzo, me daba la sensación de que tenía más amigos, todos me sonreían, me abrazaban... Ahora me encuentro raro, siento en torno mío un vacío o una resistencia invisible.

Las caras ya no son las mismas. Los abrazos se han convertido en simples palmaditas y las francas sonrisas en forzadas muecas.

Es que ahora luchas, le contestamos, luchas con armas nobles, sinceras y lícitas; pero luchas, luchas para llegar y hay muchos que han llegado sin luchar, otros que no tienen ánimo para luchar y que como no llegarán no quieren darte paso.

Esa es otra de las tantas causas de que nuestra producción científico muera, agonice.

Y no queremos hablar en esta ocasión, de la lamentable frecuencia con que «nuestro vino» se olvida.

Nuestro «vino» que aunque a veces es agrio es nuestro y no siempre agrio. Y de la facilidad con que se acepta a ciegas el **extranjero**; tampoco queremos tratar.

Ese «vino extranjero» que aunque muchas veces es agrio, no lo notamos nunca... Y esto es tanto más penoso, cuanto que los trabajos cubanos son en términos generales, bastante menospreciados fuera de Cuba.

Pero ¿de qué podemos quejarnos si empezamos nosotros mismos por ignorarlos? Cuando estábamos absortos en estas reflexiones y otras parecidas, cayó en nuestras manos esta bellísima página del cubano que todo deberíamos de leer todos los días, como los religiosos leen sus libros sagrados.

Quizás si esto hiciéramos, lograríamos con el tiempo, que nuestra alma se endulzara un poco, elevaríamos nuestro espíritu, le temeríamos menos a la verdad y seríamos con más frecuencia «cómplices de la virtud».

Sirvan estas mal trazadas líneas, como opaco exordio a esta brillante página del nunca bien llorado José Martí.

«SOBRE LOS OFICIOS DE LA ALABANZA»

«La generosidad congrega a los hombres y la aspereza los aparta. El elogio oportuno fomenta el mérito; y la falta de elogio oportuno lo desanima. Sólo el corazón heroico puede prescindir de la aprobación humana; y la falta de aprobación mina el mismo corazón heroico. El velero de mejor maderamen cubre más millas cuando lleva el viento con las velas, que cuando lo lleva contra las velas. Fué suave el yugo de Jesús que juntó a los hombres. La adulación es vil, y es necesaria la alabanza. La alabanza justa regocija al hombre bueno y molesta al envidioso. La alabanza injusta daña a quien la reciba; daña más a quien la hace. La alabanza excesiva repugna con razón al ánimo viril. Los que desean toda la alabanza para sí, se enojan de ver repartida la alabanza entre los demás. El vicio tiene tantos cómplices en el mundo, que es necesario que tenga algunos cómplices la virtud. Se puede ser y se debe ser cómplice de la virtud. Al corazón se le debe poner alas, no anclas. Una manera de arrogancia, es la falta de modestia, a la que paso como a los sátiros cansados, que siempre están hablando de las ninfas. Desconfiese de quien tiene la modestia en los labios, porque ese tiene la soberbia en el corazón. La alabanza al poderoso puede ser mesurada, aunque el mérito del poderoso justifique el elogio extremo. porque la justicia no venga a parecer solicitud. A quien todo el mundo alaba se puede dejar de alabar; que de turiferarios está lleno el mundo, y no hay como tener autoridad o riqueza para que la tierra en torno se cubra de rodillas. Pero es cobarde quien ve el mérito humilde y no lo alaba. Y se ha de ser abundante por la ley de equilibrio, en aquello en que los demás son escasos. A puerta sorda, hay que dar martillazo mayor, y en el mundo hay aún puertas sordas. Cesen los soberbios y cesará la necesidad de levantar a los humildes. El corazón se agria cuando no se le reconoce a tiempo la virtud. El corazón virtuoso se enciende con el reconocimiento y se apaga sin él. O muda o muere. Y a los corazones virtuosos ni hay que hacerlos mudar ni dejarlos morir. El mundo es torre y hay que irle poniendo piedras: otros los hombres negativos prefieren echarlas abajo. Es loable la censura de la alabanza interesada. Cuando consuela a los tristes, cuando proclama el mérito desconocido, cuando levanta el ejemplo ante los flojos y los descorazonados, cuando sujeta a los hombres en la vida de la virtud, lo loable es la alabanza.»

Quero 1946

